

OLLIN (MOVIMIENTO)

—Mesoamérica. Nahuá—

En apariencia, nada más sencillo que el presente concepto. *Ollin* quiere decir, en nahuá, “el movimiento”. Pero, como advierte el antropólogo Christian Duverger, mexicano, “*Ollin*, como en otros casos de conceptos mesoamericanos, su contenido no es unívoco, y se inscribe en una cadena semántica compleja”.

La palabra designa un árbol, o mejor, la savia de un árbol. Lo que nos lleva a un juego practicado apasionadamente y por milenios, en Mesoamérica, al juego de la pelota. Y luego, a la significación más evidente de *ollin*, flexibilidad del jebe del que está hecha la pelota, y el que rebote por ser de caucho. Y esa idea, el concepto de *ollin* en nahuá del movimiento como un gasto de energía, conduce a la idea de entropía, es decir, a una noción de la física que admite el desorden del mundo. El arco de sentidos es aquí ancho. Va desde un balón de juego que encarna el movimiento, lo que para mayas y aztecas ponía en escena las tribulaciones del sol y la luna, a la entropía, una medida científica de nuestros días (Cf. *Infra*). “Una magnitud de la termodinámica que cuanto más es elevada —dice el físico francés Claude Allègre— más desorden hay”. ¿Del caos del cielo maya a los sabios actuales? La cadena semántica que propone Duverger es extensa y sorprendente.

Volvamos a los inicios: un vegetal, un árbol tropical de donde se extrae el látex, “un árbol que llora” dicen los amazónicos, y ya elaborado se obtiene el caucho o hule, al que conocemos desde los neumáticos que llamamos llantas y miles de otras aplicaciones industriales, incluyendo impermeables y ropas de vestir. Pero no nos ocuparemos aquí de la historia industrial del caucho, de los caucheros, historia por lo general negra, con episodios infames de retorno a la esclavitud. La cuestión para este libro es otra: ¿qué vincula el caucho moderno con aquel que utilizaron los mayas? La respuesta es clara, una característica: su flexibilidad.

El caucho se hace bola y la bola un juego. En Mesoamérica precortesiana de villas y ciudades, no faltó nunca un espacio consagrado al juego de la pelota. Y de Teotihuacán a Uxmal, y tantos otros, los núcleos urbanos eran lugares del comercio y de lo sacro, adivinatorios y curativos. Y en ellos, un centro ceremonial. Y una religión de Estado. Y un terreno diseñado para ese juego. Pensar que solo era un deporte es desconocer la clave de ese mundo. No hay duda que los observatorios astronómicos mayas y sus predicciones, son la pasión de nuestro tiempo pero una idéntica importancia adquieren

los juegos de pelota. Encarnan, visiblemente, una tradición de dos mil años, lo que de por sí, ya es significativo. Luego de los mayas, los aztecas lo continuaron, los llamaron *tlachtli*, la pelota que se eleva y cae y vuelve a elevarse, como el primer dios, el Sol, que aparece cuando los otros han muerto en Teotihuacán, lo dice Sahagún en su *Historia general*. De alguna manera, de la materia compleja de los dioses —del bote y el rebote de la energía— nacen los hombres y los nuevos dioses.⁴⁵

Hoy, campos de ese antiguo juego (y culto) se encuentran en cualquier visita turística a las numerosas ciudades mayas de Yucatán, Chinchén Itzá ostenta la más grande de Mesoamérica. Los hay en Uxmal o en Chiapas, en las altas tierras del lago Atitlán, por Tikal en Guatemala, en el Petén, en Copán. En 1995, se habían censado 148 terrenos especialmente construidos para ese uso en las Tierras Altas y unos 236 en las Tierras Bajas (Éric Taladoire). En algunos puntos, había más terrenos de juego que ciudades, se deduce que las más importantes contaban con varios. El juego ocurría en un terreno largo y sin obstáculos, flanqueado por construcciones altas, verticales, donde la pelota podía rebotar, así como en terraplenes y cornizas. Espectáculo, competición, para los antiguos mayas y aztecas, esencialmente una exhibición del drama cósmico. Si el balón caía, mala señal.

Dos equipos —entre dos o tres por bando— se enviaban un voluminoso balón de caucho usando únicamente las caderas y los codos, no las manos ni los pies. Ciertos campos de juego poseían anillos de piedra puestos en una situación elevada, y se supone que el introducir el balón en ellos daba por terminado el partido. Lo cual, por la dimensión del anillo elevado era prácticamente difícil de lograr. Después de los mayas, lo adoptaron los mexicas. Pero si era un ritual, ¿qué suponía? No faltan interpretaciones. Para algunos era una suerte de torneo. Un juicio de dios, a la manera de la Europa medieval. Para otros, una manera de resolver un conflicto. Incluso, ya cerca de la llegada de Cortés, era un lugar también de apuestas. Pero para antropólogos y arqueólogos, el juego simbolizaba “la lucha de las fuerzas vitales contra la muerte” (*Le Mexique. Guide*, Gallimard, 1995). Hay una pista que propone Claude-François Baudez. En el lugar mismo del juego de pelota se luce una escultura y arquitectura que habla por sí sola. El cruel deporte era acompañado de una iconografía no menos cruel.

⁴⁵ López-Austin, Alfredo. *Les paradis de brume. Mythes et pensée religieuse des anciens mexicains*, Maisonneuve & Larose, St Ouen, 1997.

En Copán, luego en Toniná como en Palenque, hay alusiones a los sacrificios humanos. Se luce en los muros, con elocuencia, hachas y yugos. “En algunos terrenos —prosigue Baudez— había un sol nocturno, representando el inframundo”. Y en lo alto, el sol diurno, “el balón del sol que se elevaba y recaía según las peripecias del juego, reproduciendo el ciclo solar, y la alternancia como ritmo del universo”. En pocas palabras, el popular juego de la pelota ponía en evidencia la tesis pesimista sobre el porvenir del universo tanto como los sacrificios humanos en las ensangrentadas pirámides que vieron los españoles. Las estaciones, la vida misma dependía de la energía solar en un fatídico cosmos aquejado de inestabilidad. Si los dioses perecían, es que los aztecas no habían sabido sacrificarse por quienes habían muerto para darles calor y vida. La religión de los antiguos mexicanos era, a su manera, como la judía, una fundada en la deuda. Nacer era ya deber algo a los dioses. Se explica, entonces, la rapidez de las conversiones.

Dos temas: uno lleva a la lógica de la teología angustiada de mayas y aztecas (Cf. *Infra*, Los sacrificios humanos. La polémica). Y el segundo, a nuestros días. Al tema de la entropía negativa.

DE OLLIN A LA ENTROPÍA

En física, entropía es “la transmisión de la energía que se puede hacer bajo dos formas, el trabajo y el calor. El segundo principio de la termodinámica pone en evidencia la transformación espontánea del movimiento ordenado de un cuerpo en un movimiento caótico de partículas. Eso significa que la energía bajo la fórmula de trabajo se transforma en calor”. He acudido a una fuente rigurosa, al diccionario *Notions* (Encyclopædia Universalis France, 2004, tomo 1, p. 335). Si proseguimos, podremos saber que la entropía es una medida cuantitativa. “Es la función de un estado S que expresa el estado de desorden de un sistema aislado”. Se pueden dar definiciones matemáticas más rigurosas: $G = H - TS$. Siendo H la energía, T la temperatura y S la entropía. Ahora bien, Claude Allègre —físico de oficio, de quien he tomado la fórmula—, cuando acude a explicaciones como para neófitos, caritativamente descifra esta noción con sencillas palabras: “Mide el desorden de un sistema. Cuanto más elevada es la entropía, más desorden hay” (Allègre, *Diccionario del amante de la ciencia*, Paidós, 2008, pp. 290–291).

Fue difícil admitirla. En sus inicios fue el alemán Clausius quien la propone, a partir de bases microcósmicas. Pero fue Boltzmann quien da la interpretación física en tanto que medida estadística del desorden. No le creyeron, se suicidó, en su tumba pidió que se instalase esta frase: “Aquí yace quien inventó la entropía”. Fue el americano Gibbs quien demuestra su importancia. En física explica por qué el tiempo es irreversible. Una vez que se instala el desorden, no se puede volver al orden preexistente. “¡Las máquinas del tiempo son utópicas!” (Allègre, p. 290). Ahora bien, como ha pasado en otros casos, la noción de entropía fue prácticamente plagiada —es decir desplazada, reutilizada— de las ciencias de la materia a otros campos. Al estudio de las sociedades humanas. No es la primera vez que los científicos se prestan conceptos: “estructura” viene de las matemáticas y el “carisma” en Weber, de la teología.

Resulta muy tentador, en efecto, observar lo que ocurre con los fluidos en la termodinámica. Es el tema del desorden. “Cuando se ignora deliberadamente los comportamientos de las partículas y se las observa colectivamente, resulta evidente el carácter aleatorio de estas”. Y en consecuencia, el aumento de entropía. O, en otros términos, cuanto más grande y más complejo es un dominio, más precisa de energía para existir. Como alegoría, resulta ser una descripción de nuestras actuales sociedades industriales y posindustriales que van de la complejidad al desorden. A lo que he llamado, en otra ocasión, el desorden creador.⁴⁶

En suma, el concepto de entropía, venido de la física, connota o se asocia con complejidad, irreversibilidad, orden y desorden, y se viene usando en biología, incluso hasta llegar a proponer un nuevo paradigma, “el orden surgido del azar”.⁴⁷ En todo caso, invita a una interpretación probabilística de todo sistema. El determinismo, en cualquier disciplina, está extinto, pero cuesta admitir su desuso.

Ahora bien, cuando al concepto de *ollin* se le atribuye su sentido final, el más simbólico, lo que hace Claude Duverger, partiendo del humilde balón de caucho y del juego de pelota, es indicar el punto en que se traba el juego mismo, “y el movimiento termina por ceder”. Así, la concepción entrópica de la energía, “característica del pensamiento nahua, expresa el agotamiento cósmico”. El curso de las cosas se interrumpe si perpetuamente no es relanzado por los jugadores. “El movimiento lleva

⁴⁶ Neira, Hugo, *Hacia la tercera mitad*. Lima, SIDEA, 1996. (4ª edición: Fondo Editorial UIGV, Lima, 2009).

⁴⁷ Tonnelat, J., *L'ordre issu du hasard*. París, Maloine, 1978.

consigo su propia desintegración”. La noción de ruptura, de cataclismo —concluye Duverger— es parte de una dinámica corriente en la concepción del cosmos de los antiguos mexicanos. El *ollin* de los aztecas no es sino lo que quiere decir la palabra griega *entropê*. Es decir, retorno. No hay duda que a veces lo más nuevo es lo más viejo, bajo otros dominios de lo real.

PACARINA (LUGAR DE EMERGENCIA DE LA COMUNIDAD)

—Quechua. Suramérica—

“Origen, tiempo, o lugar a donde algo se inuenta” o sea, se inventa. En el *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua quechua o del inca*, del padre González Holguín (1608). Origen, corrobora Duviols, “y lugar de la emergencia de la comunidad, y particularidad del individuo o del grupo ligado al nacimiento”.⁴⁸ Viene del quechua, del Perú antiguo y la zona andino-ecuatorial, del grupo quechua de ese país.

El concepto reitera el peso de los ancestros, la necesidad de un linaje, los hombres como seres creados, o transformados por los dioses; es el punto inicial, tanto para un asentamiento como para una migración. “Si la creación era el resultado de un dios subterráneo, este enviaba a los primeros ancestros a la superficie de la tierra desde un orificio, un lago, una fuente, una caverna, etc., y eso era la *pacarina*”.⁴⁹ La definición se adecuaba a uno de los mitos de los orígenes de los primeros incas, el de los hermanos Ayar, a uno de ellos, hubo varios. Ahora bien, “si la creación era debida a un dios aéreo, que había parido, orinado o encubado los primeros ancestros, la *pacarina* era entonces el lugar donde los había depositado, una cima, la vertiente de una montaña, etc”.⁵⁰

Duviols se encarga de decirnos la serie de usos y costumbres posibles en torno al concepto de *pacarina*, en la práctica social.⁵¹ Poco importa que los ancestros fueran representados “en forma lítica o carnal, animados o humanizados o petrificados,

⁴⁸ Duviols, Pierre. En: *EPU*, vol. II, tomo 2, “Conceptualisation des Sociétés Traditionnelles”, p. 3171.

⁴⁹ Duviols, P. *Ibidem*, p. 3171.

⁵⁰ Duviols, P. *Ibidem*, p. 3171.

⁵¹ Duviols, P. *Ibidem*, p. 3171.